

El arte crítico

ACEPTÉ CON ALEGRÍA LA INVITACIÓN DE ROBERTO A LEER su nuevo ensayo, *Calderón, Carpentier y la cosmografía barroca*, preparado para el Seminario Internacional que conmemora el centenario de Alejo Carpentier en la Universidad de Santiago de Compostela. Alegría y nostalgia, porque había leído las obras de Carpentier por primera vez con Roberto hace más de treinta años, cuando comenzaba mis estudios doctorales, y él, su ilustre carrera docente (1971-1977) en la Universidad de Cornell. Aunque había leído antes las comedias de Calderón, fue con Roberto y su esposa Isabel que mi esposo y yo vimos por primera vez puesta en escena una representación de *La vida es sueño*, en Cornell. Fue una ocasión memorable, no sólo por la excelente dirección de la obra por el profesor de drama, Marvin Carlson, sino también porque sobresalía un joven actor, Christopher Reeve, que hizo el papel de Segismundo.

Al tomar en cuenta el tiempo transcurrido desde los primeros años de los 70 hasta el actual, es decir, desde los años de ser estudiante de Roberto hasta ejercer la docencia a su lado en Yale, me animé a leer estas últimas reflexiones suyas sobre obras a las cuales había contribuido con estudios que aún no han sido superados. En el caso de Calderón, pienso en dos trabajos de Roberto: «El “monstruo de una especie y otra”. *La vida es sueño*, III, 2, 725» y «Las amenazas en Calderón. *La vida es sueño*, I, 303-308». El primero de éstos reformula muchas de las ideas de su tesis doctoral pero «desde una perspectiva muy diferente y esencialmente personal». Ambos están incluidos en su *La prole de Celestina: Continuidades del barroco en las literaturas española e hispanoamericana* (Colibrí, 1999). En cuanto a Carpentier, me refiero a su «Historia y alegoría en la narrativa de Carpentier», últimamente recogido, para gran satisfacción de Roberto, en la importante antología *Ensayo cubano del siglo XX* (Fondo de Cultura Económica, 2002), y su sin par *Alejo Carpentier: The Pilgrim at Home*, de 1977. Esta obra magistral salió en español en México en 1993 bajo el título *Alejo Carpentier: el peregrino en su patria*, y aparecerá ahora en una nueva edición en español, que prepara Gredos, de Madrid.

El pasado y el presente se reunieron en la tarea que me esperaba. El nuevo ensayo me obligó a dos lecturas y media, si no tres, por la densidad conceptual de su prosa crítica. El estilo de Roberto es engañoso porque detrás de la claridad y sencillez de su sintaxis —las frases brillan por su aparente diafanidad— hay una condensación formidable de ideas. La única advertencia al lector sobre este punto son sus ocasionales frases aliteradas, como «elástica y elusiva», «vértice y vórtice», «definitiva y definitoria», que demandan una segunda lectura, o cuando en una muestra de virtuosidad y vertiginosidad (palabras mías, no suyas), elabora una catarata de todas las posibilidades pertinentes del significado de alguna palabra clave en el texto que analiza. Ésta es su acostumbrada escapada barroca, pero en su propio discurso cultiva un clasicismo renacentista y arquitectónico. Por «arquitectónico» quiero decir que el lector puede apreciar el ensamblaje de su obra, no porque haya restos de los andamios en la superficie de su texto, sino porque la forma sólida y coherente en que le da se caracteriza por simetrías. Y estas simetrías arquitectónicas son a la vez conceptuales y estéticas. Al leer a Roberto se aprende y se disfruta de la lección.

El amor al lenguaje y a la literatura son sus valores fundamentales. Roberto deja atónitos a los estudiantes que pasan su examen de grado cuando, para ilustrar su pregunta, recita de memoria poemas de cualquier siglo y género de la tradición hispana. Los versos —heptasílabos, octosílabos, endecasílabos— los guarda en la memoria, que es decir, como escribió El Inca Garcilaso de la Vega, «en el corazón» (*Comentarios reales de los Incas*, lib. 1, cap. 15).

Este amor a la literatura también se nota en la redacción de sus ensayos. Suele dividirlos en apartados numerados encabezados no por títulos en prosa sino por epígrafes poéticos. Esto no es un detalle cualquiera; es su manera de llevar a la práctica su convicción de que la literatura sea no sólo portadora de formas estéticas, sino también formuladora de ideas filosóficas. La calidad de su crítica demuestra la certidumbre de su afirmación al respecto.

Y con la crítica de Roberto no sólo se disfruta de la lección sino también se aprende. El caudal de conocimientos que lleva consigo y que adquiere incansablemente es otra de sus tendencias críticas. Muchas veces ha dicho que su aprendizaje como piloto le ha reforzado la idea de que hay que saber todo lo que pueda ser pertinente al objeto de estudio. Puede ser, pero como conozco a Roberto desde antes de hacerse piloto, puedo certificar que su afán y su inquietud por saber todo cuanto pueda es una costumbre muy antigua en él. (Se nota, incluso en las fotos con su madre, cuando bebé, la chispa de la curiosidad —sin duda, por el aparato mecánico que se dirige hacia él— que brilla en sus ojos). Son sus propias inquietudes intelectuales las que aseguran su extraordinaria vitalidad como crítico. La aviación es efecto, no causa, de la necesidad del saber y de la disciplina que lo caracterizan.

El nuevo ensayo de Roberto que ha provocado esta breve reflexión condensa los frutos de sus años de estudio sobre las obras de Calderón y Carpentier y los lleva más adelante. Plantea la tesis de que Calderón en el siglo xvii y Carpentier en el siglo xx se aproximaron en su arte al impacto de los nuevos descubrimientos cosmográficos de sus respectivas épocas. Explora cómo en

tiempos de revelación, transición e incertidumbre, Calderón y Carpentier registraron sus meditaciones sobre las nuevas leyes generales que regían el mundo físico en relación con el destino y los deseos humanos. Demuestra cómo en el caso de ambos autores, pero de modos diferentes, el afán por la problemática hombre/universo tuvo su origen en la cosmología y su efecto poético en la alegoría. Pero sería injusto reducir su magnífico ensayo a la simple reiteración de su tesis. Lo que quiero recalcar no es el contenido de su estudio, sino el modo de trabajar de Roberto.

Muchas veces hoy en día el lector de crítica literaria tiene una experiencia incompleta: se queda con el argumento del crítico pero se pierde la obra literaria. Esto no pasa con la práctica crítica de Roberto. Sabe convertir un soliloquio o una escena de novela en la clave de su propio desciframiento. Convierte esas estrofas o esa escena novelística en imágenes únicas que brillan cuando Roberto las traslada a su propio texto y las pone de relieve. Las abre y las descifra; revela al lector el conjunto de ideas estéticas y filosóficas allí condensadas. Lo hace, además, con una extraordinaria sensibilidad por lo visual, y sabe dejar clavada en la memoria del lector la visualización de la imagen. (Así se nota su aprendizaje crítico en, y su pasión estética sobre, el barroco). Con maestría y aparente facilidad, Roberto capta pero no traiciona, libera pero sin reducir, la inefabilidad de la obra literaria que existe en el espacio-tiempo que une el texto al lector. El don crítico de Roberto —y es realmente un don, un arte— es animar al lector a volver una vez más a la obra literaria. Más de treinta años después, sigue animándonos a hacerlo. «Más de treinta años después» no es el momento para la nostalgia, sino para la alegría.